

con originalidad y propone una muy sugestiva comprensión del midrás como "intertexto":

"Analogy vs Anomaly in Midrashic Hermeneutic. Tractate Wayassa and Amaleq in the Mekilta", *JAOS* 106,4 (1986) 659-666; "From the Hidden Light of the Geniza: towards the Original Text of the Mekilta de-Rabbi Ishmael" (h), *Sidra* 2, 1986; "Voices in the Text: Midrash and the Inner Tension of Biblical Narrativ" *RB* 93 (1986) 581-597; "Dorshe Reshumot have said" (h), *Moshe Held Memorial Volume* 1988, 23-38; *Intertextuality and the Reading of Midrash*, Bloomington 1990.

También hay que destacar la moderna reedición de una serie de artículos clásicos de L. Finkelstein sobre los midrasim tannaíticos y especialmente sobre Mekilta: vol. V de *Sifra on Leviticus*, The Jewish Theological Seminary of America, Jerusalem 5752 (1991). Se trata de artículos maestros escritos en hebreo e inglés, de difícil localización en las revistas originales, ahora accesibles en este magnífico volumen; el enfoque moderno de la discusión no debe hacer olvidar lo conseguido por la investigación pasada.

Me permito señalar al lector algunos errores detectados, sin duda no imputables a la autora; se pueden corregir en los ejemplares y ahorrarán confusión. En las pp. 317-336 hay un error en las referencias bíblicas: en la *parašah VIII* del tratado *ba-ḥodeš* (pp. 317-321) en el título y encabezados se escribe Ex 20,12-14, cuando debe ser Ex 20,12-17; también en el título y encabezados de la *parašah IX* (pp. 322-327) debe corregirse Ex 20,15-19 por Ex 20,18-22; igualmente en la *parašah X* (pp. 328-331) corríjase Ex 20,20 por Ex 20,23; y finalmente en la *parašah XI* (pp. 332-336), corríjase también Ex 20,21-23 por Ex 20,24-26. Estos errores son perfectamente explicables, y, una vez surgido el primero, se encadenan y se detectan muy difícilmente en las revisiones. Hay otros errores de inercia, acaso provocados por la similitud con expresiones españolas muy usadas, que alteran inadvertidamente la traducción; en algún caso el resultado traiciona notablemente el texto original, como en el dicho de Simón ben Yohay de la p. 131: "Al mejor de los hombres, mávalo"; debe decir: "al mejor de los gentiles, mávalo" (היפה שבגוים): Lauterbach, I, 201). Estos detalles testimonian el interés con que he leído y estudiado la traducción y la sinceridad con que puedo felicitar a la autora.

MIGUEL PÉREZ FERNÁNDEZ

JOSEP RIBERA FLORIT, *Manual de Gramática Aramea. Arameo clásico (oficial)*. Col.lecció Textos Docents, 13. Barcelona, Publicacions de la Universitat de Barcelona. ISBN 84-475-0771-8.

Después de una un tanto azarosa gestación, al fin ve la luz esta anunciada gramática del arameo clásico u "oficial". Presentada con el modesto título de "Manual" escolar, el hecho de haber sido elaborada por un especialista de fama internacional le confiere

un carácter que supera ampliamente ese restringido ámbito pedagógico. Personalmente, no tengo inconveniente en confesar que, a pesar de llevar más de veinticinco años enseñando arameo bíblico, he aprendido bastantes cosas con la lectura de este manual. Sobre todo, porque su autor ha tenido el buen acuerdo de enmarcar el estudio del arameo bíblico, primer peldaño tradicional en el estudio universitario del arameo, dentro del cuadro más amplio del arameo clásico u "oficial" (en la clasificación de J.A. Fitzmyer) y con continuas alusiones al arameo antiguo. Así pues, la cita de las siglas AA (=Arameo Antiguo), AC (=Arameo Clásico) y AB (=Arameo Bíblico) —la clasificación de las etapas de evolución del arameo se encuentra en la p. 7— recurre insistentemente a lo largo de la obra.

El libro forma parte de la colección de trabajos realizados dentro del programa de investigación "Estudio filológico del arameo antiguo y oficial" del Proyecto PB 90-0052 del DGICYT, y, si se prescinde del sucinto y trasnochado apéndice de *Arameo Bíblico* de la *Gramática Hebrea* de B. Goñi-J. Labayen (Pamplona 1920) y de algunos intentos anteriores, es la primera gramática en castellano dedicada al estudio de esta fase del arameo. En la "Introducción" (p. 5) se nos recuerda que, al confeccionar esta gramática se han tenido en cuenta "ante todo, aquellos aspectos gramaticales que caracterizan en general el arameo clásico u oficial, usando como guía el arameo bíblico, que pertenece fundamentalmente al arameo clásico y es a la vez poseedor de una vocalización que, con todas sus reservas, facilita en gran manera el conocimiento de la fonología y morfología arameas". El manual, como es costumbre predominante en este tipo de estudios, "va dirigido principalmente al estudiante universitario, conocedor del hebreo, que desea iniciarse en el vasto y complicado mundo lingüístico del arameo" (ibídem) —el autor de esta reseña, por exigencias de tipo académico, ha tenido que realizar la experiencia de enseñar arameo bíblico a alumnos que partían del conocimiento del árabe—. Se nos indica también que, por motivos pedagógicos, se ha preferido utilizar una terminología "más bien conservadora". Y que se han tenido en cuenta de manera especial las gramáticas de F. Rosenthal (*A Grammar of Biblical Aramaic* [Wiesbaden 1983]) y de S. Segert (*Altaramäische Grammatik* [Leipzig 1975]). En menor grado se cita la clásica *Grammatik des Biblisch-Aramäischen* (Halle 1927 [reimpr. 1962]) de H. Bauer-P. Leander. Adelantemos que el autor intenta, dentro de los límites marcados por el formato y la finalidad del libro, aplicar moderadamente un método deductivo, explicando el origen de las formas. Para el que suscribe estas líneas, se trata de un dato positivo; aunque en esas explicaciones quepan a veces opiniones divergentes. Finalmente, se nos anuncia en la introducción que es propósito del autor "completar el presente manual con una Crestomatía de textos que abarque las épocas del arameo antiguo, clásico y medio" (p. 6), con un vocabulario, indicación de las principales variantes gramaticales y una bibliografía lo más exhaustiva posible. Esperemos que esta promesa se convierta pronto en realidad.

Naturalmente, no es posible exponer en el marco de la reseña todas las sugerencias que la lectura de este breve libro ha producido en la mente del suscribe estas líneas. Me limitaré, pues, a algunos puntos aislados y elegidos un tanto al azar.

En la citada "Introducción" (p. 5) se alude al problema que plantea la misma idea de elaborar una "gramática aramea que sirva de norma para todas las variantes del grupo lingüístico arameo", dado que "bastantes autores creen que las diversidades de la lengua aramea deben considerarse, no como ramas de un mismo árbol lingüístico, sino como un mosaico taraceado de diversas modalidades idiomáticas más o menos diferenciadas entre sí, sin que se pueda afirmar la existencia de un idioma estandarizado, común, que perdure y sirva de paradigma a las demás formas existentes de la lengua aramea". Con ello se plantea el problema álgido y discutido de hasta qué punto se puede seguir admitiendo el modelo epistemológico del *Stammbaum* de los neogramáticos. Mi modesta opinión en este punto es que las críticas al esquema están justificadas, pero han podido ir demasiado lejos. Nuestro autor soluciona el problema diciendo que "desde los primeros documentos arameos escritos conocidos, especialmente en la época que podría denominarse del arameo clásico (ss. VII-II a.C.), se constata la existencia de unas coordenadas lingüísticas —gramaticales y léxicas— comunes, que arrancan del arameo antiguo y se consolidan en el arameo clásico u oficial" (ibídem).

Pasando ya al estudio propiamente gramatical —estructurado según la distinción tradicional de Fonología, Morfología y Sintaxis y Estilística, aunque reconociendo la dificultad de diferenciar nítidamente estos niveles—, diríamos que la distinción entre fonética y fonología (p. 9, # 1.1.) parece acertada, así como la alusión a que algunos de los signos consonánticos tienen un doble valor fónico. En la clasificación y descripción de las consonantes se ha tenido el buen acuerdo de utilizar fundamentalmente la terminología común en la filología hispánica. Me ha llamado la atención que en el # 1.1.2. (pp. 10 y 13) se hable de "ápicoalveolares o sibilantes". Aunque, naturalmente, el dato no es demasiado significativo, los alumnos arabófonos que he tenido creo que pronunciaban el *sín* de su lengua con realización predorsodental, como en las hablas del sur de España y en la mayor parte de las lenguas europeas. En el # 1.1.2.e (p. 12), al dar el cuadro sinóptico de las dentales e interdentes en semítico, se añaden, como es costumbre, las sibilantes, dentales y faríngeas originarias /d/, /z/, /t/, /š/, /t/, /s/, /' / y /ǧ/. Pero en la línea del /š/ faltan los equivalentes ugarítico y árabe, y para el AC se pone como equivalente D . Al tratar en la página siguiente del Ψ /šín/ se dice que "para algunos es prepalatal". Y, al fin, se da la descripción, al parecer más exacta, indicando que, al igual que en hebreo, en AC el grafema "tiene dos valores fónicos, aunque más tarde Ψ se asimila a D ". Quizás detrás del lenguaje un poco confuso estén las hipótesis de G. Garbini. En el tratamiento de las interdentes se ha producido la, al parecer, inevitable errata tipográfica de no poner el punto debajo de la *t*, al tratar de la variante enfática. Ni al

estudiar el /š/ hebreo o arameo ni al tratar del antecesor de la letra décimaquinta del alifato árabe se ha aludido a la posibilidad de que esas consonantes fueran originariamente laterales; cosa que, en mi modesta opinión, parece bastante clara después de los estudios de R.C. Steiner (*The Case for Fricative-Laterals in Proto-Semitic* [New Haven 1977]) y de R.M. Voigt (en *WO* 10 [1979] 93-114 y *ZDMG* 142 [1992] 37-52). Al hablar del grafema ן (# 1.1.2.c, p. 11) se indica que "según F. Rosenthal a partir del s. VI a.C. —para C. Beyer desde el s. I a.C.—, la ן toma también un sonido aspirado después de vocales, semivocales o šəwa quiescente sustituyendo a la vocal antigua". Pero tanto F. Rosenthal (§ 15) como K. Beyer (*Die aramäischen Texte vom Toten Meer* [Göttingen 1984] p. 126) utilizan, respectivamente, los términos "Spirantization" y "Spirierung", que creo que habría que traducir más bien por "fricativización". La doble pronunciación de las consonantes de la serie *bgd/ptk* lleva de la mano al problema del šəwa'. El Prof. Ribera, siguiendo una opinión bastante generalizada hoy, parece suponer que la pronunciación "aspirada" de esas consonantes tras un šəwa' que procede de la caída de una vocal se debe a la permanencia de la fricativización provocada por dicha vocal antes de caer (# 1.2.4., p. 17). Con ello, resulta innecesario admitir el "šəwa' medium" de algunas gramáticas. Y, efectivamente, al tratar de ese fenómeno fonético (# 1.2.6., p. 18; cf. también # 1.3., pp. 19-20) se distingue sólo entre "š. quiescente" y "š. móvil". Habría que notar también que, al tratar del vocalismo, no se alude a la hipótesis de que, al menos el del sistema tiberiense, funcione por diferencias de timbre (con valor fonológico o como meros alófonos).

En el apartado de la Morfología, al hablar del artículo, se supone, con la opinión mayoritaria, recogida ya por Bauer-Leander, aunque muy anterior a ellos, que la forma originaria es un *-ha* pospuesto (# 2.2.4., pp. 27-28). Aunque, desgraciadamente, en este momento no puedo dar la cita exacta, recuerdo haber visto recogida, hace ya años, en una revista bibliográfica, la hipótesis de que la forma originaria fuera **-yā'*. Así se explicaría la geminación de *y* en el plural/dual determinado *-ayyā'* de la tradición tiberiense. En los demás casos, el *y* habría caído al encontrarse en situación intervocálica, antes de la pérdida de las desinencias de los casos. Para la terminación (ʾ)ן- del nombre plural/dual con pron. suf. de 3ª p. m. se da (# 2.1.2.a, pp. 22-23) la explicación, recogida por Segert (# 5.1.3.3.6., p. 172) y, ya antes, por la *Grammatica Aramaico-Biblica* de L. Palacios (Roma 1953; § 139, pp. 49-50, nt. 4), de un proceso *-ayhu > -ayu > -aw > -ô* con readición posterior del pronombre sufijo. En un pequeño estudio publicado en *MEAH* 26-28/2 (1977-1979) pp. 247-264 ("Un fenómeno de aparente redundancia"), traté de enmarcar el fenómeno dentro de una perspectiva más amplia, con paralelos en otras lenguas. En el apartado de "Categorías verbales" (# 2.3.1., p. 33) se nos dice que "los aspectos temporales son perfecto, o acción acabada, e imperfecto o acción inacabada". El tema se desarrolla más ampliamente en el apartado de sintaxis. En cuanto a la estructura de la "raíz", se

nos dice (# 2.3.4., p. 37) que "el arameo, quizás más que otra lengua del semítico noroccidental, tiende a trilaterizar los verbos defectivos". A la luz de este principio, y dentro de los límites que impone un manual de tipo escolar, se trata de explicar una buena parte de los fenómenos característicos de estos verbos. Para el discutido problema del origen de las formas *hitpolal* y *polel* (basta citar la confusa exposición de opiniones en el libro de I. Kottsieper, *Die Sprache der Ahiqarsprüche* [Berlin-New York 1990] § 252, pp. 152-155), se nos dice (# 2.3.4.d y e, pp. 38 y 39) que son hebraísmos.

Del apartado de Sintaxis, destacaría los ## 3.3.2.-3.3.4. (pp. 61-64), sobre "aspecto" y "tiempo" en el verbo y los valores del "perfecto", "imperfecto" y "participio". Se empieza por indicar (# 3.3.2., p. 61) que "en semítico es éste [e.d., el del aspecto y tiempo verbales] un tema difícil de precisar". Por ello, quizás, resulte difícil resumir la ya densa recopilación de observaciones que ofrece el autor. Se nos recuerda (ibídem) que "el perfecto indica la acción acabada para el que habla; el imperfecto describe la acción inacabada. Con respecto al sujeto, la acción del perfecto se sitúa en el pasado, la del imperfecto en el presente o futuro". Y se añade en seguida que "con el uso creciente del participio para el presente, el perfecto se sitúa más en el pasado y el imperfecto en el futuro". Con ello, aunque no se dice explícitamente, parece aludirse a una creciente "temporalización" de formas que habrían funcionado originariamente por oposiciones más bien de aspecto. Lo más interesante de todo el apartado es el breve esquema de la evolución del sistema, con la introducción progresiva del participio con valor predicativo verbal. Al hablar más directamente de esta última forma (# 3.3.4., pp. 63-64), se alude a su uso, en concreto en los capítulos arameos de Daniel, con valor de pasado. También al hablar del imperfecto se alude a su uso como tiempo pasado (# 3.3.3., p. 63), con aspecto de repetición o duración de la acción, precisando que ese uso se halla circunscrito a Daniel. Personalmente, tengo que confesar que, a lo largo de mis años de docencia del arameo bíblico, me ha interesado siempre el problema del "aspecto" —o, si se quiere, de la *Aktionsart*— expresado por el participio en su uso dentro de la esfera del pasado. Los participios con ese valor de los capítulos arameos de Daniel con frecuencia se traducen por "indefinidos" castellanos. El problema es si ese "aspecto" —o como quiera llamarse— de "pretérito puntual" se da en el original arameo o es fruto de la traducción. La clásica gramática de Bauer-Leander dejó el tema quizás sin resolver plenamente, aunque tal vez inclinándose por la solución "presente histórico" (§ 81r-w, pp. 294-296). La de Ronsenthal (§ 177, p. 55) da la sensación de no haber percibido en profundidad el problema. La de Segert (# 6.6.3.4.7., pp. 382-383), en mi modesta opinión, parece contradecirse. El Prof. Ribera, por una parte, nos dice que "el participio predicativo expresa una acción *duradera* [la cursiva es mía] y básicamente es atemporal" (# 3.3.4., p. 63). Pero inmediatamente antes ha dicho que "desde aproximadamente al segunda mitad del s. V a.C., el participio en AC se usa como

medio para expresar la acción equivalente al *perfecto* [la cursiva es mía] e imperfecto". Naturalmente, las cosas son más claras cuando el participio va reforzado por el perfecto de *hwy* —por cierto, al tratar de este tipo de construcciones perifrásticas (# 3.3.4., p. 64), se ha omitido el complemento que representa el uso del *'yty + participio*—. En cuanto al uso del imperfecto con valor de pretérito, parecería lógico, en puro terreno hipotético, que fuera anterior al del participio (cf. Rosenthal § 178). Por eso extraña que aparezca circunscrito a Daniel.

Y, con esto, damos punto final a una reseña que se ha alargado más de lo previsto. Algunas erratas tipográficas es de esperar que serán corregidas en futuras ediciones. Y no nos queda sino congratularnos de tener en nuestra lengua este pequeño, pero precioso, instrumento de trabajo y felicitar a su autor.

ANTONIO TORRES

JUDIT TARGARONA BORRÁS, *Diccionario hebreo-español*. Barcelona, Riopiedras, 1995. 1433 pp. ISBN: 84-7213-128-9.

La aparición de este diccionario hebreo-español me lleva, antes que nada, a agradecer a su autora el haber proporcionado a los hablantes de lengua castellana interesados en el ámbito de los estudios hebreos este valiosísimo instrumento de trabajo. La obra de la Dra. Targarona viene a llenar un vacío, a suplir una carencia que reclamaba cada día con más fuerza el ser atendida, pues si bien disponemos hoy de no pocos diccionarios de lengua hebrea en distintos idiomas que, desde diversas perspectivas y planteamientos, se ocupan de la lexicografía hebrea en general o de distintos periodos de su historia, todavía no se contaba con un diccionario completo hebreo-español que facilitase el acceso y conocimiento de esta lengua en castellano al hispanohablante. Se ocupa este diccionario del léxico que a través de más de tres mil años ha ido conformando la lengua hebrea, es decir, de un amplísimo espectro lingüístico que incluye «todos los vocablos hebreos atestiguados desde época bíblica y las antiguas inscripciones hasta las obras literarias de nuestros días, incluyendo los textos rabínicos y medievales», así como los préstamos tomados de otras lenguas y los términos arameos empleados preferentemente en contextos hebreos. Todo ello se recoge en más de 35.000 entradas principales y en numerosas entradas secundarias a las que acompañan abundantes citas bíblicas, expresiones de uso, aforismos, expresiones idiomáticas, etc., que facilitan la correcta comprensión del término en distintos contextos lingüísticos e históricos y muestran su versatilidad semántica. Las voces hebreas siguen el orden alfabético de sus consonantes y aparecen vocalizadas en su forma más simple y acompañadas de información acerca de su categoría morfológica y de las formas básicas que adopta en su flexión. Se distinguen con precisión y claridad tipográfica el periodo de la lengua al que cada término o significado pertenece, lo que, en mi opinión, constituye una de los mayores aciertos de este diccionario que de este modo permite ver sintéticamente su procedencia y los valores